

¡PESADILLA!

Por J. RODRIGUEZ OLAZABAL



(EXTRACTO)

—¡Franco!

¿Dispones de unas horas? Dijistes que ibas tras de una España, Una, Grande y Libre...

¡Sal de tu quimera, y contempla tu obra!

—¡Entra por esa calle estrecha, de modestas viviendas! Es un barrio obrero, sí. ¿No te sorprende tanta ventana muda? Esta fué en otros años hora de felices algarrabias que tras vencer el molde casero saltaba a la calle, y bailaban una danza estridente en los oídos del transeunte.

Hoy... ni cantares, ni risas, ni diálogos animados.

—Llega hasta cualquiera de esas ventanas y mira a su través. A cualquiera. Dá lo mismo. Encontrarás un espectáculo equivalente.

¡Mira aquí! La mesa desnuda.

Las sillas desiertas. Arropada en harapos, una mujer. Un niño duerme en sus brazos. En años anteriores, tal noche como ésta, supo gozar de las bendiciones de la vida. Su marido fué un obrero metalúrgico al que tú mataste por "rojo". Era un socialista que pagaba su cuota, leía su periódico, y votaba en las elecciones. Tu gente lo acibilló a balazos. Esa mujer ya no volverá a reír. ¿Crees tú que reirá el niño cuando goce de tu España imperial? No. Tampoco. Esa criatura vive en perpetua noche. Una de tus bombas puso ante la gracia de sus retinas azules, un lienzo negro que ya nadie podrá descorrer. Está ciego. Una cicatriz horrible desfigura su rostro. Cuando despierte a sus vigilias sin luz, gritará de hambre y esa mujer le dará los restos de una bazofia, que ella ha debido comer. Porque ella, esta noche, como todas, se acostará sin cenar.

—Ve a otra calle. A cualquiera. En esa amplia Avenida, asómate a cualquier morada. ¿Crees por el aspecto rico del edificio que necesariamente vas a encontrar ahí cuadros de contento?

Ese caballero es uno de los que se llaman tuyos. De los que oficialmente colaboran contigo. Es ingeniero de una poderosa compañía. Tiene un gran sueldo. Durante cuarenta y cinco años de su vida— tiene hoy sesenta— ese hombre se ha llamado monárquico. Te secundó con entusiasmo el día que te sublevaste. ¿Por qué miras con tanta extrañeza? ¿Te asombra que tampoco ese hombre ría, que sus habitaciones no sean a estas horas una explosión de júbilo?... ¡Escucha!...

También ese hombre tuvo dos hijos. En la Universidad estudiaban cuando iniciastes tu traición. El más joven era falangista auténtico, camisa vieja. Su padre lo comentaba como "evolución natural de los tiempos." Las "sanas ideas habían de vestir hoy atavíos militares para la lucha en esta era descarriada". El otro hijo, el mayor, "educado en los mismos buenos principios", en los mismos "colegios piadosos", con los mismos cuidados, con los mismos ejemplos, era un "rojo", que "hasta se había dado de alta en un partido republicano". "Rojo"

¡Franco!, que aunque tú no lo creas, aunque no quepa en tu cabeza, para muchos hombres puede más el sentimiento de justicia, que los intereses personales.

¡En mala hora te sublevaste, Franco! Una noche de Julio de 1936, en un cuartel de Falange de Burgos, donde vivían, el hermano menor oyó decir a uno de sus jefes, a uno de esos que "nunca se equivocan", que había que «predicar con el ejemplo». ¡-- denunció a su hermano! Unas horas después una cuadrilla de los tuyos, lo asesinaba en la carretera.

¿Y el fratricida?, preguntarás. Marchó al frente, luchó en tus líneas, cayó herido y fué hecho prisionero. Los "rojos", lo cuidaron con solicitud entre muchos de los suyos, en un hospital de Valencia. El de Santa Clara. ¿Lo recuerdas? Quizá en tu memoria se pierde este nombre entre otros muchos, de los lugares donde diste permiso a tus tropas para expansiones. Te haré memoria. Es aquel hospital donde tus moros, apenas entraron en Valencia, pasaron a cuchillo, hasta rematarlos, a todos los heridos, y después profanaron los cadáveres. Entre ellos, quedó cara al sol, el otro hijo de ese caballero.

¿Qué quieres que festeje esa familia? De ella, como de tantas otras, ya solo quedan los viejos. ¿Qué quieres que hagan? Rezan. Eso es todo.

Esta mañana, al despertar, la mujer, con una plácida sonrisa desfigurando su gesto permanente de dolor le ha dicho al marido: "¿Sabes Antonio? He soñado que no había habido guerra, que éramos felices, que con nuestros hijos vivíamos aún en los primeros meses de 1936, que..."

¡Tú has dado muerte a la alegría, Franco! Tu generación no ríe, ni puede reír.

¡Esta es tu obra! ¡Esta es tu España! La que tú has edificado sobre más de un millón de cadáveres, sobre dos millones de presos, sobre medio millón de ex-patriados, sobre muchos millones de viudas, de huérfanos, de madres sin hijos, sobre montañas de escombros, sobre veinticuatro millones de hambrientos, sobre el olvido de tu honor, el perjurio de tu fé, y la venta de tu patria!

¡Ni Una, ni Grande, ni Libre!

Frente a su unidad actual, se alza el eco de tus palabras, aquellas monstruosas palabras que fueron tu lema de combate: "Ni perdón, ni olvido". Los discursos de tus generales, con párrafos como éstos: "Nuestros bravos legionarios y regulares han mostrado a esos rojos cobardes lo que significa ser un hombre. E incidentalmente a las mujeres de los rojos, también. Estas mujeres comunistas y anarquistas, después de todo, han tenido el justo pago a sus doctrinas de amor libre. El pataleo y la lucha no las han

salvado". (Queipo del Llano. Charla radiofónica del 23 de julio de 1936).

¡Esa es tu España, Franco! ¡Tu imperio vertical y azul! Únicamente el delirio, puede llevarte a considerar como puesta en pie y vertical, esa profusión de horizontales que dibujan las tumbas que cubren la tierra española. Únicamente el más desatinado daltónismo político te puede llevar a ver color de azul, el luto de un pueblo entero.

Eso es lo que España tiene contigo y eso es lo que espera de tí. Vivir y morir en su actual tragedia.

Y el nocturno visitante terminó diciendo:

—Pero España, a través de su actual humillación, no ha dejado de ver la luz de sus esperanzas.

El pueblo español conoce su camino, y está próximo el día en que se ponga de pie resuelto a proseguir, pese a tí y a quienes contigo quieran cerrarle el paso. ¡España sabe lo que quiere! Y tú también sabes lo que quiere España, que sin duda alguna ha llegado a tus oídos la voz de la patria, por boca de uno de sus hijos más ilustres. ¿Recuerdas sus palabras? ¡Oyelas una vez más y no las olvides!:

"Un mundo mejor será la cosecha de tantos sacrificios. España en un concierto internacional ha de encontrar su puesto. Ya lo

ganó en la lucha y ha de merecerlo aún más."

Pronto nos repondremos de nuestros quebrantos dentro de un régimen de tolerancia y confraternización. En un régimen que no quisiera utilizar el rigor y la violencia más que, si indispensable fuera, para imponer la reconciliación de todos, absolutamente de todos los españoles; reconciliación que no es relajamiento ni contubernio, pero que, junto con el holocausto de nuestras pasiones, será el mejor tributo a los que han sufrido y han muerto.

¡A todos! ¡A todos y a otros! ¡Todos son nuestros hermanos!"

(Dr. Negrín. Discurso, 20 de Julio de 1941).

Franco despertó sobresaltado al llamarle su ayudante. Serrano Súñer entró precipitadamente en la cámara del "generalísimo". «Vengo con el Embajador alemán, dijo al dictador su cuñado, nos trae instrucciones muy urgentes e importantísimas».

Momentos después el "caudillo" de España entraba en su despacho y cuadrándose militarmente ante el representante de Hitler, exclamaba:

—¡A vuestras órdenes, Excelencia!

EL VIAJE



—Niña, me voy a la mar
—Si no me llevas contigo,
te olvidaré, capitán.

En el puente de su barco
quedó el capitán dormido;
durmió soñando con ella:
¡Si no me llevas contigo!...

Cuando volvió de la mar
trajo un papagayo verde.
¡Te olvidaré, capitán!

Y otra vez la mar cruzó
con su papagayo verde.
¡Capitán, ya te olvidé!

Antonio MACHADO

AYUDAR A

UNIDAD

ES CONTRIBUIR A
LA LUCHA DEL
PUEBLO ESPAÑOL